

Y hoy soy yo quien pregunta a María, una maestra de 3<sup>º</sup> de EGB en un pueblecito de Pontevedra.

**“María ¿cómo te está resultando ese cambio desde tu experiencia de alumna (¡tantos años!) a tu experiencia de maestra novata y con deseos, necesidad e intenciones de maestra innovadora (o, al menos, renovadora)?”**



Joaquín M<sup>º</sup> García de Dios

Ella contesta desde las páginas de un diario, llamémosle profesional, en el que va registrando sus primeras experiencias como profesora. Se pregunta y se pregunta y, como yo, y como otros tantos, también tiene muchas más preguntas que respuestas.

*Cada vez que intento escribir me sale tanta agresividad hacia nuestra escuela actual como si aún fuese una de sus alumnas bajo la rueda; y por muy increíble que a mí misma me parezca, he cambiado de chaqueta y mi ángulo es ahora el contrario, mi mesa ya no es un pupitre más y yo soy quien manda y ordena a las tizas; sin embargo no puedo dejar de soñar y apasionarme por otra escuela posible, en la que creo.*

*No me costó convivir con los niños ni toda la tarea de acompañar su crecimiento: enterrar semillas con ilusión, la paciencia de esperar dando de beber a la tierra, abonar con los propios sentimientos, arrojando con el desvelo para – por fin, muchas veces – ver crecer con agradecimiento y bendición sin saber cómo ni cuándo. Muchas veces me limito a observar y a asombrarme –y no sólo porque me hayan contagiado o para hacerles la competencia a ellos–. Pero ciertamente es difícil ser maestro y mi breve experiencia me ha servido, entre otras cosas, para comprender y perdonar a todos los que he tenido. Siempre me acompaña, pues, una sospecha radical: ¿estaré repitiendo aquello que hicieron conmigo? ¿y aquello que dejaron de hacer? Y no lo digo por las personas sino por las estructuras que acababan siendo más importantes... Toda la escuela se vuelca en los contenidos: y la verdad es que cada vez están mejor preparados, explicados, programados. También hay preocupación por la persona, por los valores... pero otras asignaturas siguen en suspenso: el sistema de evaluación y la disciplina; y es que ¿cómo llegar a un niño difícil o desmotivado?, ¿hemos desterrado el gesto amenazador, de chantaje, el disparadero?, ¿nos aprovechamos de sus sueños?, ¿buscamos?, no estamos adiestrando perros, entonces ¿por qué al buen comportamiento recompensa y al malo sanción?, ¿cómo evaluar sin medir la inteligencia, sin juzgar, sin airear la intimidad? Dice Neil: “La disciplina será necesaria mientras la escuela vaya contra la naturaleza del niño; mientras éstos sean obligados a sentarse ante pupitres a aprender lo que no desean saber”. ¿Quién no ha leído Summerhil...?*

**“Un colegio encima del mar y la belleza a nuestro favor por las ventanas... Enfrente cuarenta caras llenas de interés y de pecas que se dejan asombrar, motivar y encantar con todo. Se fueron acercando y me llenaron de sus cosas: el don del momento presente, el don de la risa... y lo mejor que vino al poder llamar a cada uno por su nombre.”**

### NIÑOS MUY HERIDOS:

En la familia: rota, remendada, llena de ausencias, complicidades. Desde dentro: que se enroscan en una psicología tierna pero que, cuando se desenrollan, desanima y acomplejan desde ya (sobre todo si se llama dislexia o psicomotricidad...) Los valores y la sensibilidad configurados con los video-juegos y dibujos animados cuyos héroes no son seres humanos sino robots, tortugas, guerreros del espacio... sus luchas se resuelven por medio de armas sofisticadas y poderes mágicos... el escenario final: la arena de un circo romano...

Otros niños muy superficiales, vibrando en la escala del “divertido-aburrido” pero sin dejar ver nunca un sentimiento, sin profundizar... También la incapacidad de valorar el esfuerzo –fuera del deporte y aun ahí– como medio para alcanzar una meta: sino siempre anhelando y esperando soluciones mágicas y fáciles que generan frustración...

Niños saturados de información sensacionalista pero derrotada por el desencanto... Reacciones incomprensibles, secuelas de heridas secretas o incluso inconscientes que el novato no sabe, no puede interpretar; o si sabe, la impotencia porque no puede. Los de mi generación todavía no sabemos quiénes somos, nuestros padres siguen preguntándose qué es lo que han hecho mal; y ya están aquí nuestros hijos, que han llegado rápido, rápido, con otra coyuntura y el mismo porqué.

Toda la escuela se apoya en el principio inviolable de autoridad. El maestro debe montarse a caballo de la dignidad de su rol, para entrar en el aula e imponerse haciendo que todo responda a lo que él diga –por muy bien que esté y más interesante que sea.

Además es un valor; siempre lo ha sido: “hablar con autoridad”. Esta es la única escuela que la mayoría de nosotros hemos conocido y padecido en la práctica. Tal vez hemos leído otras experiencias y también, a fuerza de desealarla, se ha intuito otra cosa; y a fuerza de temerla, se ha reprimido mucho.

Pero tal como están las cosas, cuando uno llega al aula, lo primero que tiene que conseguir es mantenerse a flote, o lo que se llama “tener autoridad”; tampoco es que sea tan difícil pero siempre es a costa de cargarse los más elementales principios y deseos pedagógicos.

El marco de que disponemos –institucional, legal, rígido– no da para mucho, la verdad. Siempre te acaba limitando a las paredes de tu clase; pero lo peor es que los niños, así viviendo, sólo responden a ese estímulo y toda su psicología se amolda a funcionar desde ahí; doblegar y someter su rebeldía y su creatividad dentro de la raya.